

cuyo sitio había dirigido el general Marceau con veinticinco mil hombres. Este joven general, de veintisiete años apenas, cayó mortalmente herido en el combate de Altenkirchen, el veinte de Septiembre, y Jourdan hubo de abandonarle á la generosidad de los austriacos. El Archiduque le envió su primer cirujano, y el anciano mariscal, Kray, fué á darle un apretón de manos. «No lejos de Coblenza, dice Byron, sencilla pirámide corona un otero de césped; en su base reposan las cenizas de un héroe. Fué uno de nuestros enemigos; no por ello dejamos de rendir homenaje á la memoria de Marceau..... Su carrera fué breve y gloriosa; le lloraron amigos y enemigos. Pasajero, párate ante su monumento, y ora por el descanso de aquella alma valerosa. Marceau fué el campeón de la libertad; conservó la pureza de su alma, y fué llorado». En medio de estos desastres, Jourdan recibió la respuesta del Directorio á su comunicación acerca de la batalla de Amberg, y no pudo contener su ira al leer la orden de que detuviese en Rednitz, en Nuremberg ó en Forchheim los progresos del enemigo. Profundamente indignado contra un gobierno cuyas instrucciones le habían sumido en aquel abismo de desgracias, envió la dimisión. ¿Qué había sido, en tanto, del ejército del Rhin?

Al enterarse Moreau, el diez y ocho de Agosto, de la marcha del archiduque Carlos contra Jourdan, sintióse tentado á dirigirse al Norte con todas sus fuerzas; pero, á los tres días, un despacho del Directorio, fechado el diez y seis, le ordenó elevar su ala derecha á quince mil hombres y conducirla á marchas forzadas hacia Inspruck, para atacar á Wurmser en combinación con Bonaparte. Disponía el general francés de unos sesenta y cuatro mil hombres, fuerza respetable, pero que no bastaba para llevar adelante las dos empresas de sostener á Bonaparte y á Jourdan. Había que elegir entre el uno y el otro, y elegir pronto, precisamente de lo que no era capaz Moreau, general reflexivo, circunspecto y de gran inteligencia, pero falto de resolución y de genio creador. Apeló al expediente de las voluntades flacas: el veintitrés reunió en consejo á sus generales. Saint-Cir opinó resueltamente que se marchase al punto en persecución del Archiduque; Moreau opuso inconvenientes. Insistió Saint-Cir en que se enviase á lo menos el ala derecha al socorro de Jourdan; pero el jefe de esta división, Desaix, se resistió á partir, temiendo que el Archiduque le destrozase con la masa aplastante de sus fuerzas. En suma, no se acordó lo uno ni lo otro; Jourdan y Bonaparte se quedaron colgados; pero se resolvió pasar el Lech y atacar al general Latour, acariciando la loca esperanza de que el Archiduque retrocedería al socorro de su general. La empresa no era difícil. Las fuerzas de Latour apenas llegaban á la mitad de las de Moreau, y las tenía dispersas. Otro general se habría limitado á la defensiva, á embarazar la marcha del enemigo, conforme le había recomendado el Archiduque: «No importa que Moreau llegue hasta Viena, con tal que yo bata á Jourdan». Pero pedir esto á Latour era pedir lo imposible. Impetuoso, violento y ardiente, habíase creído deshonrado si hubiese cedido sin combatir. Hallábase el veinticuatro de Agosto con

el grueso de sus tropas en las alturas de Friedberg, á media legua detrás del Lech, hasta cuya orilla llegaban sus avanzadas. Los franceses ahuyentaron estos pequeños destacamentos con la artillería; luego vadearon el río por varios puntos; Saint-Cir atacó de frente y por el flanco Norte, y á todo esto, Latour seguía inmóvil frente á fuerzas tan superiores. Solamente cuando Ferino le amenazó á su vez por la izquierda y espalda, trató de oponerse al combate. Pero era tarde. Sus batallones fueron rotos y maltrecha su caballería, perdiendo doce cañones y algunos miles de hombres. Fácil habría sido á los vencedores acabar con todo su ejército. Pero Moreau continuó indeciso y paralizado. Quería ir á Inspruck, quería ir á Ingolstadt, y como no se podía fraccionar el ejército, acabó por quedarse casi inmóvil, no avanzando sino con suma lentitud y en una dirección media entre aquellas dos ciudades. En seis días anduvo justamente seis leguas. Contaba con que el general Desaix se apoderaría del puente de Ingolstadt, camino para ir en ayuda de Jourdan, y que Ferino se aseguraría, ocupando Munich, el gran camino de Inspruck. Pero con su lentitud, dió tiempo á Latour de reunir sus batallones dispersos, pasar á la margen izquierda del Isar, atacar el veintinueve de Agosto la vanguardia de Desaix, y, aunque rechazado, sentar sus reales, sin grandes pérdidas, detrás del Laber. El tres de Septiembre, Saint-Cir tomó el puente del Isar, en Freising, y el siete sostuvo brillante combate contra una división de Latour; pero, en cambio, Ferino fracasó contra Munich, y Desaix declaró que no era posible apoderarse del puente de Ingolstadt sin un sitio en regla.

Así se pasaban los días, sin adelantarse un paso. El cielo empezaba á nublarse. Súpose que Jourdan se había retirado hacia el Mein, y á esta noticia, en vez de renunciar á Inspruck y marchar resueltamente tras el Archiduque, Moreau continuó en su habitual indecisión, ocurriéndosele por todo recurso dirigirse á Ratisbona, para darse el gusto de concluir con el Elector de Baviera un tratado que no había de cumplirse, porque antes de que se llegase á ratificarlo ya no quedaba un solo francés en toda Baviera. Como en castigo, llególe, en medio de estas negociaciones, la noticia de la batalla de Wurzburg, que le trastornó, surgiendo en su alma el remordimiento de la responsabilidad por su inacción. Ahora en que ya no había remedio, ejecutó un movimiento que pudiera interpretarse como tentativa para salvar á Jourdan: ordenó á la mayor parte de su ejército ganar á Neuburgo, en la margen derecha del Danubio, y envió á Desaix, con diez mil hombres, hacia Nuremberg. El diez de Septiembre, en el instante de ponerse las columnas en movimiento, recibió un despacho de Jourdan, fechado el cuatro, participándole que el ejército del Sambre existía aún, pero completamente derrotado. La marcha de Desaix no tenía ya objeto, á pesar de lo cual Moreau mantuvo sus órdenes, y escribió á Jourdan que Desaix iba á partir para Nuremberg, y más lejos, si era posible, con el objeto de ayudarle á tomar la ofensiva. ¡Donosa manera de paliar las faltas cometidas! A las pocas leguas, Desaix topó con el general Noendorf, ante el que se detuvo, y al mismo tiempo, Latour

atacaba, por el Sur del Danubio, los destacamentos rezagados; de las fronteras del Tirol, el general Frelich tomaba la ofensiva contra la Alta Suabia, y guarniciones austriacas comenzaban á hostilizar los débiles cuerpos de observación apostados en el alto Rhin; por lo que Moreau, desechando una orden del Directorio, no menos desacertada que las anteriores, trasladó sus divisiones á la margen derecha del Danubio, y comenzó, no sin vacilar aún, su retirada definitiva hacia el Rhin. El diez y nueve de Septiembre, el ejército volvía á pisar las márgenes del Lech, que había atravesado cuatro semanas antes. La situación se agravaba. Divisiones austriacas amenazaban por los dos flancos á la vez, y aquí, como en Franconia, los campesinos se sublevaban, impidiendo que llegase al ejército francés ninguna columna de municiones y que se transportasen los heridos á Francia. Los austriacos escupían por los colmillos, asegurando que ni un solo soldado francés volvería á pisar su patria. «Espero rechazar á los franceses hasta el lago de Constanza, escribía Latour á Frelich, y forzar allí á todo su ejército á rendirse». Baladronada de gitano. El ejército francés constaba de más de sesenta mil hombres, victoriosos hasta entonces en todos los encuentros y reunidos á la sazón en pequeño espacio; sus adversarios eran mucho más débiles; estaban divididos en cuatro cuerpos, cuyo más importante apenas llegaba al tercio de las tropas enemigas, y cada uno de ellos obraba conforme á sus inspiraciones. El Archiduque, que habría podido imprimir unidad á estas fuerzas, estaba lejos aún; había repasado el Mein á fines de Septiembre. Latour, que en su irreflexivo ardor solo pensaba en que no se le escapase el enemigo, el dos de Octubre osó atacar á Moreau en Biberach, costándole la imprudencia veinte cañones y cinco mil hombres. Saint Cir aconsejó ahora con insistencia á Moreau marchar contra Noendorf y Petrasch, dispersar los destacamentos de estas ciudades, apoderarse de la Selva Negra y acampar en posición que dominase toda la Suabia. Pero el general en jefe temió tropezar con el Archiduque, y decidió tras largas reflexiones ganar la llanura del Rhin por el valle del Infierno, estrecho y angosto paso, pero que, como dice Sybel, sólo tiene de infernal el nombre. Lo defendía un pequeño cuerpo, que tomó las de Villadiego á los primeros disparos, y el quince de Octubre, saludó el ejército con alborozo las risueñas márgenes del Rhin. Moreau conservaba aun cincuenta y ocho mil hombres, algún tanto quebrantados por las privaciones y las marchas, pero invictos y animosos. Hallábase el Archiduque en el Elz, unas leguas al Norte de Friburgo, con solos veintidós mil hombres, y requiriendo, por temor de ser atacado, á Latour y Noendorf á que corriesen á su lado. ¡Qué hermosa ocasión de destrozarle! Pero Moreau siguió hasta el fin flaco de voluntad; vaciló, reflexionó y dió tiempo á que el Archiduque recibiese refuerzos y le atacase con empuje el diez y nueve de Octubre. El veintiuno, envió al general Desaix, con dos divisiones, á Brisach, en la margen izquierda del Rhin, y él se estableció con el resto de las fuerzas cerca de Schliengen. Aquí le acometió de nuevo el Archiduque el veinticuatro de Octubre, y al día siguiente

todos los destacamentos franceses pasaron el Rhin, acampando en la margen izquierda, sobre el suelo natal. Sólo conservaron en tierra alemana los puentes de Kehl y de Huninga, que el Archiduque sitió, pero que no pudo tomar hasta el mes de Febrero del noventa y siete, habiendo sido funesto al Austria este excesivo é inútil consumo de fuerzas.

Triste fué para la República francesa este desenlace de la expedición á Alemania. Las ventajas de haber mantenido sus ejércitos durante cuatro meses á expensas del enemigo, ingresado en sus cajas un rico botín y retirado de la gran coalición los Estados de Suabia, se olvidaban ante la magnitud del desastre final. Austria se rehabilitó: su crédito se extendió de nuevo por el Imperio, y la gloria del joven Archiduque, salvador y vengador del país, inflamaba en patriótico ardor todos los corazones. El caso no era, sin embargo, para tanto. Debíó haber meditado el Austria, y se habría evitado muchas desgracias, que debía la victoria, no tanto al valor de sus soldados y á la sabiduría de sus generales, como á las desacertadas instrucciones del Directorio y á la falta de iniciativa de los jefes. Lección elocuente de que á tanta distancia no pueden dirigirse las operaciones de una guerra. Parece increíble: el Directorio no reconoció su culpa; lejos de esto, hizo cuanto pudo para echarla entera sobre el más inocente, pero que había sido vencido, sobre Jourdan, que pagó por todos. ¡Con qué facilidad se extravía la opinión! Los principales causantes del fracaso habían sido el Directorio y Moreau, y sin embargo, se sacrificó á Jourdan, se absolvió al Directorio y se exaltó hasta las nubes á Moreau. En todos los tonos fué elogiada la habilidad que éste desplegara en aquella retirada, que se habría declarado incomparable á no haber existido la de los Diez mil bajo Jenofonte. Ninguno de los corifeos ignoraba que aquellos pomposos ditirambos eran falsos, pero todos se creían obligados á repetirlos, para paliar la humillante realidad de la derrota. Pero la duda no era posible. Tan claro como en Italia Bonaparte había mantenido brillantemente la bandera de la República, éralo que, en Alemania, Moreau y Jourdan habían sido vencidos y rechazados, y no por la inferioridad numérica de sus fuerzas, que igualaban, si es que no superaban, á las de sus adversarios. Así, el Directorio pensó que la guerra con el Austria podría tener sus quiebras, y se preguntó si no debería proponer condiciones más favorables que hasta entonces en interés de la paz. Hacia la paz también tendía á la sazón Inglaterra. Veamos por qué.

La invasión de los franceses en Alemania llenó de pánico á la corte de Viena, que acudió solícita á Rusia en demanda de auxilio. El diez de Agosto, Thugut escribía á Cobenzel que, ante la defección de los Estados alemanes, la alianza de Prusia con el enemigo y el avance de los franceses, había llegado el momento de que Rusia suministrase el socorro convenido en el tratado de alianza. El mismo emperador escribió de su puño y letra á Catalina, el dos de Septiembre, que, si no se le prestaba socorro, tendría que optar entre la total ruina ó una paz desastrosa. Por fortuna, habíase efectuado, en el curso de los planes de la Czarina, un cambio favorable á los deseos del emperador, y así, el veintiuno de Agosto

to, Cobenzel comunicó á Viena la agradable noticia de que Catalina estaba dispuesta á enviar contra los franceses, no solamente el cuerpo de socorro estipulado en el tratado, mas también un ejército de sesenta mil hombres, con tal que Inglaterra se encargase de pagar parte de los gastos. Antes que este despacho, llegó á la corte la noticia de la batalla de Wurzburg, y desde este instante la situación fué mejorando y los ánimos se repusieron. Jourdan repasó el Rhin; Moreau empezó su retirada, y bajo el optimismo que produjeron estas alegres noticias, se llegó á considerar como una media victoria el encierro de Wurmsen en Mantua. E inmediatamente se dispuso llevar á cabo grandes levadas en Bohemia y en Croacia, y enviar importantes refuerzos á los ejércitos del Friul y del Tirol, y negociar con el Papa, y ver de provocar una leva de escudos hasta en la pusilánime corte de Nápoles, acariciando Thugut, vuelto de la muerte á la vida, la esperanza de terminar en breve y gloriosamente una campaña que se presentaba bajo tan felices auspicios. Pero cuando el curso de los sucesos tomaba giro tan favorable á la política del gabinete de Viena, comenzó á cuartearse el edificio de la triple alianza, primero, por divergencias entre Inglaterra y Austria; luego, por la muerte de la Czarina.

Vimos en el capítulo noveno de este tomo (páginas trescientas veinte y trescientas veintiuna), que Pitt se resistió durante mucho tiempo á declarar la guerra á Francia; que entró con repugnancia en la coalición, y que sólo se decidió á sostener la guerra con energía cuando vió á sus aliados caídos y triunfantes á sus enemigos. La creencia difundida en Francia de que era Pitt el alma de la coalición, provenía de sus prodigalidades y de sus discursos parlamentarios. He aquí una muestra de éstos: «Si Luis XVI, decía contestando á los proyectos pacíficos de Fox y Sheridan, hubiese llevado á cabo sus ambiciosos proyectos, con habernos perjudicado mucho, habría podido considerarse esto como prosperidad comparado con los males que produciría el triunfo del régimen revolucionario. La Convención ha perdido todo género de pudor. Para hacer la paz, tendríais que suscribir todo el código de vuestros enemigos, y con este acto sancionaría la deposición de vuestro soberano y la destrucción de vuestra legislación». Estas frases, vertidas en el calor de la polémica, no reflejaban fielmente, sin embargo, el estado de pensamiento de Pitt, que, por sus aptitudes y por sus opiniones sinceramente liberales, tendía resueltamente á la paz, y lo mismo sus compañeros de ministerio, Dundas y Grenville. Los ciegos partidarios de la guerra eran los whigs disidentes, Portland y sus amigos, que ingresaron en el gabinete después de la funesta campaña continental del noventa y cuatro, discípulos de Burke, de quien habían aprendido la máxima de que el primer deber de todo hombre de Estado inglés era combatir á la Revolución francesa. Ellos fueron los que decidieron al gobierno á elevar el ejército de tierra á sesenta mil hombres, la flota á ochenta y cinco mil marinos, el número de navios de línea á ciento cincuenta, y marchar con paso seguro hacia la soberanía de los mares en toda la superficie del globo. Ceilán y Malaca, en las

Indias Orientales; el cabo de Buena Esperanza en el Africa, fueron arrebatadas á los holandeses, que pagaron bien cara la alianza francesa. Apoyábase casi toda la alta sociedad, los ricos propietarios, los industriales del Norte, los negociantes de la Cité, que realizaban beneficios á veces enormes, mientras que las clases medias vegetaban penosamente y las bajas caían en la miseria. Pero el número de descontentos y de partidarios de la paz era mayor de día en día, especialmente entre los habitantes de las ciudades, á cuyas reuniones concurrían inmensas muchedumbres. Su agitación creció desde la primavera del noventa y cinco, á causa del hambre, proveniente de la ruina de las cosechas. Ocurrió entonces en Londres lo mismo que en París: que el pueblo famélico echó la culpa de todos los males al gobierno, del que se decía que no tenía entrañas para los sufrimientos del desgraciado pueblo. No se pasaba semana sin un alboroto, grande ó chico. El veintisiete de Octubre, la «Sociedad de correspondencia» de Londres organizó una manifestación, á la que asistieron ciento cincuenta mil personas y en la que se votó solicitar del rey el cambio de ministerio, la conclusión de la paz, el sufragio universal y los parlamentos anuales. Dos días después, las multitudes gritaron al pasar Jorge III: «¡Abajo Pitt! ¡abajo la guerra! ¡abajo el hambre!»; y una pedrada rompió un cristal de la carroza regia. Para reprimir estas sediciones, se votaron dos leyes restrictivas, el cuatro y el diez de Noviembre. Por la primera, se declaraba culpable de alta traición al que maquinase la muerte, la detención ó la deposición del rey, tratase de forzarle á cambiar de política ó de ministerio, ó expresase semejantes propósitos en libros, escritos ó sermones; por la segunda, se facultaba á los magistrados á disolver inmediatamente todas las asociaciones sospechosas, incurriendo en pena de muerte los que les desobedeciesen. Al mismo tiempo, se tomaron enérgicas medidas para aliviar la penuria de las clases bajas, como fomentar con primas la importación de alimentos, prohibir que la harina se emplease en otro uso que la fabricación del pan, autorizar á los panaderos á mezclar á esta primera materia maiz y patatas y prohibir la exportación de cereales. Se puso de relieve entonces la fuerte solidaridad, individual y colectiva, de la sociedad inglesa: por suscripción, se proveyó á los pobres de arroz, pan y patatas á precios módicos; se convino en no presentar á las mesas más lujosas sino pan de calidad inferior, y la Compañía de Indias vendió sus géneros por menos de su valor. Con este concurso de la solicitud pública y de la privada, se logró durante el invierno alimentar al pueblo y calmar su irritación. Pero estos sucesos dejaron grabada en el ánimo de Pitt profunda huella. «Si dejase hoy mi empleo, decía en Noviembre á sus amigos, antes de seis semanas habría rodado mi cabeza». Preocupábanle, sobre todo, los apuros de la Hacienda, provenientes de la miseria pública y de los gastos siempre crecientes de la guerra. Proyectoó contratar un empréstito de diez y ocho millones de libras, y crear para el pago de los intereses nuevos impuestos. Uno de éstos consistía en gravar las sucesiones con los derechos del dos al seis por ciento, exceptuando las de las viudas y niños; pero los